

APUNTES, IMPRESIONES. LA CASA DE CARTÓN¹

María Paz de la Puente*

Un doble estímulo me invitaba a leer *La casa de cartón*²: por un lado, el deseo postergado desde hacía varios años y por otro, la tarea de hacerlo debido a mi participación en un taller de lectura. Algunos comentarios precedieron la lectura: "es difícil seguirlo", "el lenguaje es muy barroco", "parece que no pasa nada... pero es maravilloso". Me hice a la idea de que tendría que asimilar algo difícil y maravilloso. Lo abrí con cierta aprehensión, como si se tratara de un reto.

Tomé el pequeño volumen en mis manos y empecé a leer. Dejé para después el prólogo de Luis Alberto Sánchez. Al cabo de unos minutos recibí una llamada, puse el libro a un lado y los eventos cotidianos me hicieron olvidarlo. Lo retomé al día siguiente, pero recordé que tenía que realizar unas compras por internet. Al cabo de unas horas me dispuse a leer sin que nada ni nadie se interponga, con cierta sensación de tener que cumplir con algo, más que elegirlo. Un mail apareció en mi celular. Mi maestro del taller de lectura decía al grupo: "Para leer 'La casa de cartón' no pretenden entender, solo déjense llevar."

Me dispuse a la lectura, aliviada de la presión de objetivos racionales. Me acerqué al texto tal como lo hacemos con nuestros pacientes cuando nos dejarnos llevar por sus asociaciones, evitando dirigirlas con nuestros deseos, expectativas o necesidades. Sabemos que nos proponemos una tarea casi irrealizable, pero el intento ya nos coloca en una perspectiva distinta.

De esa manera me fue posible sumergirme en la neblina trazada por Martín Adán, que no sería blanca ni gris, tal vez sonora, o amarilla u otra imagen insólita. El refugio sensorial y onírico de su autor me atrapó y fue convirtiéndose en mío.

* Psicoanalista, en función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP), de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). <mapazdelapuerta@gmail.com>

1. Presentación en el Pre-Congreso del XVII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis "Realidades al borde: cambios y permanencias. Panel *La casa de cartón*". 26 de noviembre, 2021.

2. Martín, Adán. ([1928] 2015). *La casa de cartón*. Lima: Peisa.

Al finalizar la obra de ochenta y siete páginas, soy consciente de haber suspirado varias veces y, otras tantas, de haber sonreído y abierto los ojos con asombro. Lo plegué lentamente y lo coloqué un instante sobre mi corazón con ambas manos. Ahí se quedó para siempre.

Martín Adán nos invita a una actitud meditativa y libre, que espero poder transmitir en estas líneas. Sin embargo, él sí juzga y opina, generalmente con ironía y en el marco de un fino y sagaz sentido del humor con frecuencia de color negro. En este tipo de textos, en los que la acción está postergada u obviada, uno regresa a lo interior de uno mismo y a la esencia de los objetos, paisajes, personajes, climas y texturas que aparecen.

Se ha publicado mucho acerca de *La casa de cartón* y de Martín Adán. Homenajes, análisis, estudios, ensayos. Libros, revistas, artículos. Acompañan a la narración, el prólogo de Luis Alberto Sánchez y el colofón de José Carlos Mariátegui. Ambos intelectuales le rindieron merecido tributo en la primera edición en 1928. Como dice L.A. Sánchez: "Pocos libros como *La casa de cartón* han sido tan determinantes en el proceso de la literatura peruana."

¿Por qué esta obra le puede interesar a un psicoanalista? ¿Por qué están leyendo ustedes dos comentarios acerca de ella aquí, en la Revista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis? Quizás, porque constituye una experiencia acerca de un modo de aprehender la realidad para vincularse con ella desde puntos de vista fuera de lo común. Un ejercicio para afinar la mirada, para enriquecerla y para complejizarla. También para dejarla descansar de las lecturas habituales.

Como psicoanalistas y peruanos necesitamos explorar y comprometernos con nuestro país. La literatura peruana nos ofrece hondas miradas sobre él. *La casa de cartón*, escrita en la tercera década del siglo XX, por un adolescente inmerso en su propio mundo, nutrido por la cultura y la literatura europea, perteneciente a la clase alta del Perú nos acerca con sutileza, y por primera vez, a las contradicciones y a la decadencia de una clase social.

La casa de cartón está poblada de metáforas y refinadas imágenes estéticas, que conforman un manto que nos salvaguarda y también a su autor, de las heridas y las fragmentaciones que subyacen en Martín Adán y en el Perú de entonces y de hoy. Esas rajaduras han agrietado a nuestro país y a sus pobladores, partiéndonos, generando un inmenso dolor. Las adivinamos en el texto, en el personaje, en su familia y en la escindida Lima. Martín Adán parecía desconcertado ante una lejana serranía y desconocía la selva, como si fuera inexistente. El alma del autor en su obra refleja la nuestra y las situaciones al borde del acantilado, al borde de la locura y al abrirnos la puerta de *La casa de cartón*, nos invita a conocer su morada, su covacha íntima. Es evidente que el título del libro no es azaroso. El cartón, noble y precario, frágil e indestructible, el material último con el que siempre se puede contar, como su imaginación.

La casa de cartón fue escrita hace casi cien años. En fecha similar Freud escribió su artículo Mas allá del Principio del Placer en el que la pulsión de muerte complejiza y a veces anula a la pulsión de vida. *La casa de cartón* y las obras que le seguirán son, para su autor, un salvavidas frente al colapso emocional que quizás tiene su origen en la infancia, eclosiona en la adolescencia y se profundiza durante el resto de su vida. Dice Martín Adán, con su peculiar sentido del humor: "Di lo que se te ocurra, juguemos al psicoanálisis, persigamos viejas, hagamos chistes... todo menos morir." (p. 58). Todo menos morir: vivir en un manicomio, alcoholizarse, retirarse del mundo, rechazar glorias y honores, escribir y escribir, todo menos morir. A los dieciséis años, este muchacho, sabio precoz, escribe:

...Y yo sé la locura de oponer la vida al destino, porque el destino no es sino el deseo que sentimos alternativamente de morir y resucitar. El horror de la muerte para mí no es sino la certeza de no poder resucitar nunca, ese eterno aburrirme de estar muerto. (p. 70)

¿Poema en prosa, novela poética? ¿cuento? No calza exactamente con ningún género y posee un poco de cada uno, aunque los elementos poéticos parecen colocarse muy por encima de los demás. Si andamos a la caza de un argumento o de personajes a la manera usual en una novela, muy pronto uno olvida ese objetivo y penetra en el refugio del narrador, lúcido y al mismo tiempo paradójico. El texto tiene un asunto singular que lo sustenta y habitantes que lo pueblan, pero éstos transmiten una existencia al borde de la desaparición, como si quisieran escapar al libro al dar vuelta a la siguiente página.

El relato se inicia con un escolar que va al colegio, un escolar muy peculiar. Transcribo las primeras líneas:

Ya ha principiado el invierno en Barranco; raro invierno, lelo y frágil, que parece que va a hendirse en el cielo y dejar asomar una punta de verano. Nieblecita del pequeño invierno, cosa del alma, soplos del mar, garúas de viaje en bote de un muelle al otro, aleteo sonoro de beatas retardadas, opaco rumor de misas, invierno recién entrando... (p. 1)

Y añade:

Ahora hay que ir al colegio con frío en las manos. El desayuno es una bola caliente en el estómago, y una dureza de silla de comedor en las posaderas, y unas ganas solemnes de no ir al colegio con frío en las manos. (p. 1)

Así como aquello que enuncia un paciente al inicio de una sesión, prefigura los aspectos nodulares que se desarrollarán en ella, los comienzos de los relatos son los esbozos de algunos de sus más importantes contenidos. Algo se inicia,

lelo y frágil y raro, como Martín Adán, perdido en una realidad incomprensible y, sin embargo, perspicaz para penetrar en la esencia de lo que percibe.

Ya desde la primera página aparece un “tú”. Martín le habla a alguien, un muchacho adolescente de su misma edad que vive en su casa, que escribe con su pluma y piensa con su cabeza.

Una palmera descuella sobre una casa con la fronda, flabeliforme, suavemente sombría, neta, rosa, fúlgida. Y ahora silbas tú en el tranvía, muchacho de ojos cerrados. Tú no comprendes cómo se puede ir al colegio tan de mañana y habiendo malecones de mar abajo. (p. 25)

Lo acompañamos durante la finalización de unas vacaciones escolares, el tiempo avanza, arrastrando recuerdos recientes, hasta cerrarse en el cuadro previo a los *Poemas Underwood*: “ahora sí que se acabó de veras el verano. El verano y el pretexto del verano” (p. 56).

Suponemos que el escolar es también el autor y el narrador, Ramón Rafael de la Fuente quien, con el seudónimo de Martín Adán, a los ¿14, 15, 16? años escribe unos aislados ejercicios de estilo, como una tarea encomendada por su maestro en el Deutsche Schule.

Sorprende que un muchacho de esa edad sea dueño de una madurez literaria y reflexiva tan notable.

Imaginemos una casona de Barranco, un tanto oscura, en la segunda década del siglo veinte. En ella vive un muchacho solitario y tímido, rodeado por mujeres piadosas; un tío con retardo mental permanece encerrado en una habitación al fondo de la casa cuando hay visita. Su padre desaparece cuando tenía cinco o seis años, su hermano César muere en aquellos años. Ramón Rafael los necesita. Nunca logra procesar su ausencia.

Es un lector voraz. Pasa las tardes leyendo. Proust, Joyce, Schopenhauer, Nietzsche, Shaw, Pirandello, Joyce, Wilde, Pérez Galdós, Pedro Bazán, Cervantes, Baroja, Proust, Azorín y una larga lista de obras forman torres en el piso y desbordan los estantes. En las noches lo atisbo mientras escribe a la débil luz de una lámpara sobre un deslucido escritorio de madera, mientras una ruma de papeles en prosa y verso crecen a su derecha.

Con frecuencia se acomoda las gruesas gafas de lector empedernido que resbalan sobre su nariz. Es el único movimiento que puedo percibir en esas largas horas de acucioso trabajo. Quizás el tío grita o se queja, pero él está sumergido en una fiebre de palabras y frases que brotan imparable, tal como llegan desde su interior, sin tamiz, febrilmente. De una sola hornada. Sin lugar para el raciocinio, para borraduras ni correcciones. Inspiración pura, urgente. Este adolescente solo se siente cómodo consigo mismo cuando escribe.

Tiene aspecto de señor maduro, de tío respetable a sus quince años. Serio, circunspecto, lejano. Se augura la calvicie que tendrá. Sin embargo, miraba anhelante a las chicas, les hablaba, pero solo para sí mismo. Creo que nunca se atrevió, pero ¡cómo las deseaba!

Mi primer amor tenía doce años y las uñas negras. (...) Mi amor era vasto, oscuro, lento (...). Mi segundo amor tenía quince años de edad (...) con pecas en todo el cuerpo, sin familia, sin ideas, demasiado futura, excesivamente femenina... (p. 36)

Mi tercer amor tenía ojos lindos, y las piernas muy coquetas, casi cocotas. Mi quinto amor fue una muchacha sucia con la que pequé casi en la noche, casi en el mar. El recuerdo de ella huele como ella olía, a sombra de cinema, a perro mojado, a ropa interior, a repostería, a pan caliente, olores superpuestos y, en sí mismos, individualmente, casi desagradables, como las capas de las tortas, jengibre, merengue, etcétera. La suma de olores hacía de ella una verdadera tentación de seminarista. Sucia, sucia, sucia... Mi primer pecado mortal. (p. 37)

Lala me enseñó el pezón de uno de sus pechos. Yo me escondí en el mar... Yo la besé súbitamente, sin motivo, detrás de una ola achacosa y complaciente que no seguía adelante; el beso resonó en la tarde como en un teatro. (p. 50)

Parece que mirara a las mujeres — tías solteras y muchachas inaccesibles — de muy cerca, como si las tocara, pero, al mismo tiempo desde un lente distante. Añoranza, melancolía, ironía; el descreimiento en sus posibilidades de encontrar un amor y más aun, de ser feliz, salvo quizás, mientras escribe. “Yo no te raptaré por nada del mundo. Te necesito para ir a tu lado deseando raptarte. ¡Ay del que realiza su deseo!” (p. 64)

Los años van transcurriendo, muy pronto destaca por su cultura, ingenio y agudeza y participa en círculos literarios. Sin vacilación —ni opción— emprende una vida atormentada y entregada a la creación literaria durante sus setenta y seis años de vida. Escribió hasta el último instante. Vive al margen de la sociedad, ésta le importa muy poco o mas bien, le importa demasiado pero no logra alternar con ella ni con ninguna convención. Sería impertinente profundizar en las razones que lo llevan a aislarse, pero no es difícil deducir que sus motivos fueron hondos.

El narrador nunca dice su nombre, pero intuimos que es él mismo, Martín Adán o Ramón Rafael de la Fuente. Despliega un lenguaje barroco y musical, pleno de imágenes plásticas que van proyectando breves e intensas estampas impresionistas. Percibimos la transformación de un adolescente que ha pulido su aguda conciencia y ha crecido internamente como observador y creador, aunque fragmentándose. La muerte del amigo íntimo del personaje narrador, llamado Ramón, marcada por el corte de los *Poemas Underwood* —situado al centro del relato—, propicia y dispara las imágenes percibidas que se resignifican en la

escritura. Desamparado por Ramón, vaciado de su razón de vivir, pero con la necesidad de confesar sus tribulaciones, el narrador lee (¿o escribe?) el último verso de los *Poemas Underwood*: “Estoy sin pasado, con un futuro excesivo. / A casa...”

¿Quién es Ramón? Aquel que muere... ¿es un fragmento de sí mismo? ¿su alter ego? ¿es una condensación de un hermano que perdió en la infancia y el padre que lo abandonó de muy joven? Y, si fuese una parte de sí mismo, ¿podría ser el aspecto más conectado con el mundo? Dice en un momento el narrador: “Y tú Ramón, no eres un muchacho neurasténico, ni padeces conjuntivitis alguna. Ramón, muchacho normal...” (p. 34). La muerte de Ramón surca el texto y se convierte en algo definitivo en la transformación de Rafael o Martín Adán.

Ramón, el personaje de espíritu burlón, podía realizar lo que él, Rafael, anhelaba.

Ramón se arrojó en Catita como un nadador en el mar —de abajo arriba, primero las manos; después, la cabeza; por fin, los pies, flexionados, destalonados... (p. 73)

Ramón, el personaje, debe morir porque le recuerda la desilusión por una vida perdida.

Humildemente, Ramón se despojó de su esperanza como si se hubiera despojado de su sombrero. (...) él era un fracasado. ¡A los dieciséis años!... ¡Ay, lo que le había acaecido! Casi llora; lo impidió una solterona en bicicleta... (p. 30)

La escisión de su personalidad es tal vez, acrecentada por las características del medio socio cultural en el que vive. Un muchacho educado a la europea, lo cual aumenta su desubicación interior. Así, fuera de foco, era la educación limeña respecto a las diversas regiones del Perú. En algunos contextos esto ha cambiado, en otros el hermetismo continúa. Se lee en el texto “... un prematuro deseo que Europa nos haga hombres” (p. 28). Que Europa nos haga hombres... una Europa idealizada y un Barranco complejo, al cual ironiza en su declinar, así como su aristocracia. Y Lima: “Lima, la sucia Lima, caballista, comercial, deportiva, nacionalista, tan sería... ¿árboles? Troncos de arbustos que la luz tuerce y la sombra hace verdes.” (p. 56). Sus yoes se asemejan a los varios Perú, en los que un Perú elimina al otro, y, no pueden vivir juntos en una misma Casa, en una misma Nación. O la Sierra o la Costa; o la Selva o la Sierra.

Ramón Rafael tiene un modo de conocerse y aprehender el mundo: otorga cualidades humanas a las cosas y animales, siéndole más sencillo acercarse a las personas a través de la humanización de los objetos y la naturaleza.

¡Cómo suena la carreta! Con las piedras se va rompiendo el alma la pobre. Y por nada del mundo enmienda ella el rumbo —el rumbo recto hasta traspasar las

paredes en las calles sin salida, recto hasta la imbecilidad— Carretita, ven por este césped, que el agua de la fuente mantiene suave para ti. Hay entre las cosas ligas de socorro mutuo, que el hombre impide. (p. 27)

Las imágenes son productos de su inconsciente y que generan estados de ánimo. Todo se puede tocar con la mirada, saborear y oler con la imaginación. “Pero hay un jacarandá en una calle escondida que huele a plátano...” (p. 33). La obra está acompañada por un uso vanguardista de los adjetivos, colocando tres o cuatro vocablos contradictorios entre sí, algunos hasta bizarros, pero si están en la pluma de Martín Adán, son perfectos. “El sol —un coleóptero, raro, duro, jalde, zancudo” (p. 26). Martín Adán desobedece las normas lógicas de la escritura del momento y no recurre al facilismo de emplear sinónimos. Me atrapé a mí misma sonriendo en varias ocasiones ante la construcción inesperada de las frases.

Para finalizar estas reflexiones, voy a imaginar una breve conversación con Martín Adán en la madurez de su vida y su obra, habiendo ya recorrido más de la mitad de su existencia. Supongamos que, a duras penas, me concedió un espacio habiéndole hecho la promesa de que no excedería los diez minutos.

El Cordano, once de la mañana de un día soleado y caluroso de inicios de febrero, “la mesa de la esquina cerca a la ventana”, había especificado. Obedientemente, yo lo esperaba desde las diez y media para ponerme “en situación”. Este lugar es eterno, pensé.

A las once y cuarto, entra al local un hombre muy abrigado cuyo saco tenía parte de la costura descosida. Tras sus gruesas gafas su mirada me buscó sabiendo donde ubicarme. Amistosa, levanté la mano a modo de saludo y me puse de pie. Él se acercó con lentitud. Me hizo un gesto con la mano indicando que me siente.

—Buenos días maestro.

—Ya, ya.

—Maestro, le agradezco que haya accedido a esta conversación.

—Que sea breve.

—Lo será, no se preocupe. Como le dije en el teléfono tengo que hacer una presentación acerca de su libro “La casa de cartón”.

—¿Lo leyó?

—Sí claro.

—¿Entonces? Está todo dicho allí.

Temí que se levantara y se marchara dando por cumplida su misión. Me apresuré a preguntar.

—¿Qué lo llevó a escribirlo? Disculpe, pero no lo veo claro.

—Es obvio, tenía una máquina de escribir ante mí. No hay mucho que pensar al respecto.

—¿Fue pensado con antelación antes de redactarlo?

—No, el profesor nos pidió que relatáramos nuestras vacaciones. Y yo lo hice, eso es todo.

—¿Cuánto tiempo le tomó escribirlo? ¿Fue difícil hacerlo? ¿Hizo muchos borradores previos? ¿Qué lo inspiró? ¿Tenía el objetivo de que se publicara? —No pude contener esta avalancha de preguntas, otra vez temí que lo ahuyentaría.

—Usted como periodista no tiene futuro, dedíquese a otra cosa. — me dijo muy serio y añadió —No es para tanto, siempre lo digo. Fueron solo unos ejercicios gramaticales. Me sorprendió que me pidan que lo publique. Yo solo quiero escribir.

—¿Le molestó?

—Vea, si yo solo tenía que escribir y otros se ocuparían de todo, no me molestaba. Sólo quiero que me dejen en paz. —me miró fijamente a través de sus lentes, gruesos como fondos de botella.

—Disculpe maestro —dije ansiosa al notar su impaciencia— ¿qué piensa usted del Perú?

—Lo mismo que cuando era joven, que no lo conozco ni lo conoceré nunca.

—gruñó mientras empujaba la silla hacia atrás sin disimulo.

—Sí, comprendo maestro. Ya no lo molestaré más. Una última pregunta por favor. Hizo un gesto de cansancio y esperó. Tomé valor.

—¿Quién era Ramón?

—¿No le quedó claro? ¡Estos periodistas! —se levantó mirando el reloj y añadió—Creo que tiene que volver a leerlo.

Para terminar, y como si fuera una respuesta a mis preguntas, quiero compartir unos versos de su último poema *Escrito a ciegas* (1961), treinta y tres años después de que se publicó *La casa de cartón*.

¿Quieres saber tú de mi vida?
Yo solo sé de mi paso,
de mi peso,
de mi tristeza y de mi zapato.
¿Por qué preguntas quién soy?